

El sueño de María Antonieta

Gerardo de la Concha

*Allí está la Eternidad, no muy lejos,
en una oscura región que nadie conoce,
en esta hora, este minuto, este día.*

Anderson M. Scruggs

GF regresó de su cita con el doctor quien ya tenía los resultados de sus análisis de sangre y se encerró en su biblioteca pidiendo a su esposa que no lo molestara nadie. Desde uno de sus ventanales observó sobre los muros del jardín a los rosales florecidos en lo que pensó era *una primavera feroz*. Sentía una atmósfera de calor húmedo y esperaba en las horas siguientes de la tarde la caída de la lluvia igual como si fuera un torrente de lágrimas derramadas por el cielo. No todos los días las personas recibían noticias tan importantes para sus destinos como la informada a él por el doctor, la cual si bien confirmaba sospechas precedentes no dejaba de ser inesperada y terrible, semejante a un relámpago. Sin embargo, a pesar de ser una mala noticia el hecho de saber ya que el pronóstico de su enfermedad era mortal de manera prácticamente inevitable, lo aliviaba de la incertidumbre padecida en las últimas semanas.

Contempló sus libros durante un rato. A lo largo de su vida había formado tres bibliotecas personales. Ésta era la última, reunida con menos sorpresa y obsesión en torno a libros antiguos que las anteriores. Recordaba vagamente algunas de las obras perdidas más hermosas, como su Petrarca del siglo XVI, una edición veneciana con los grabados en madera de *Los Triunfos*. Sonrió al pensar en *El Triunfo de la muerte*, un esqueleto medieval encabezando la marcha de hombres y mujeres con

rostros resignados. Otro era su *Vocabulario* de Molina, un incunable mexicano respecto del cual le fascinaba pensar habría podido estar en la alforja de un misionero, un hombre capaz de cruzar ríos tempestuosos o desiertos inmensos. Otro fue su *Relación de la conquista del Reyno de Chile* de Alfonso de Ovalle cuyos grabados renacentistas de principios del siglo XVII hacían fuera éste uno de los libros más bellos que jamás hubiera tenido en sus manos.

Ahora se dedicaba a coleccionar libros raros. Uno de ellos era una edición en París del año de 1931 por María de Maglowska de *Magia sexualis* de Oscar B. Randolph realizado por su autor como parte de los rituales de la Fraternidad de Eulis o Fraternidad Hermética de Luxor fundada en Boston en los tiempos de Edgar Allan Poe y que, además de astrología, perfumes, colores y sonidos utilizados en operaciones rituales trata de espejos mágicos. *Le secret de Nostradamus* de P.V. Piobb era una delirante interpretación matemática de las célebres centurias proféticas, editada en el París de los años veinte y que reproducía un grabado de la edición original, una alegoría de la decapitación del rey, es decir, una profecía de la muerte de Carlos I, antecedente de Luis XVI en la guillotina. Acerca de esa época, la Revolución Francesa, tenía un libro curioso publicado con el sello Macmillan en Londres en 1911 con el título *An adventure* y firmado por Miss Morrison y Miss Lamont. Lo rescató en una librería de lance, extraviado y sin pastas en una pila de libros viejos en inglés. Por algo, al pensar que estaba próxima su propia muerte, el libro era importante.



María Antonieta de Francia, lienzo de Perin

Las autoras eran en realidad Anne Moberley, maestra de arte graduada en la Universidad de Oxford y Eleanor Jourdain una especialista en Historia Moderna, las dos de la Universidad St. Hugh de Oxford. Ambas, por lo que se deduce del texto que escribieron juntas, eran buenas amigas y por ese motivo llevaron a cabo un viaje a Francia donde el 10 de agosto de 1901 visitaron el Palacio de Versalles. Su relato es muy interesante.

Cuentan cómo bajaron por una escalera de mármol hacia el canal y por un sendero del bosque se dirigieron al Petit Trianon, la casa de descanso de la Reina María Antonieta. En la entrada de la hacienda vieron unos edificios desocupados y una carreta abandonada, unos hombres con casacas verdes y tricornos hacían guardia, lo que en ese momento no les extrañó pues pensaron que estaban disfrazados. Observaron también a unas muchachas con un cántaro junto a una fuente, las cuales llevaban pañuelos blancos anudados encima de los corpiños. Siguieron caminando y encontraron sentado junto a un quiosco de jardín con adornos chinos a un hom-

bre que tenía un rostro oscuro y repugnante, vestido con capa y sombrero de estilo español y al cual por ningún motivo quisieron acercarse. De pronto apareció un muchacho con un traje oscuro y calzado con zapatos de hebilla gritando: “¡Por aquí, buscad la casa!”. Dijo otras palabras antes de retirarse a toda prisa, pero las autoras no pudieron entenderlas. Por un puente atravesaron un pequeño barranco donde una hermosa cascada transmitía su sonido tranquilizante y llegaron a un camino que bordeaba un prado rodeado de árboles. Ahí vieron a una dama sentada en el césped de espaldas a una casa con una terraza y quien tenía un gran papel blanco en las manos como si estuviera dibujando, a lo lejos se veían sus cabellos rubios cubiertos por un sombrero blanco, con un chal verde pálido en sus hombros y un vestido veraniego. Al fondo se oía una música rara tocada con un violoncelo. Las damas pensaron que su presencia podía ser indiscreta y se retiraron, aunque las dos compartieron inmediatamente una sensación de extrañeza y describieron luego cómo, de pronto, el ambiente parecía irreal, sin efectos de luz ni sombra, sin el viento meciendo los árboles pues todo estaba intensamente quieto.

Ya en Londres y recordando ese paseo muchas cosas les parecieron todavía más extrañas —las voces disminuían de intensidad, las escenas parecían ondulantes, visión que en su momento atribuyeron al calor— lo que motivó otros viajes al Palacio de Versalles donde no encontraron lo mismo que vieron en su primera visita al Petit Trianon, como el quiosco o el prado, sustituido por un bosquecillo. Las dos eruditas inglesas consultaron viejos libros, mapas, intercambiaron correspondencia con historiadores e identificaron también a los personajes. Los guardias eran los hermanos Bersy, una de las muchachas con el cántaro era Marion, hija del jardinero, cuyo testimonio ya adulta le sirvió a Julie Lavergne para componer en parte su obra *Légendes de Trianon et Versailles*, el hombre en el quiosco era el Conde de Vaudreuil, marcado por la viruela en su rostro y quien era gran halconero del Rey y amante de la Condesa de Polignac, una de las favoritas de la Reina. A este hombre María Antonieta le llamó su “genio maléfico”. El criado respondía al nombre de Lagrange.

Gracias al libro de Lavergne las autoras inglesas supieron que el 5 de octubre de 1789 la reina María Antonieta descansaba en un prado del Petit Trianon cuando un mensajero le avisó que el populacho se dirigía al Palacio de Versalles y le insistió a la soberana que fuera a “la casa”, como ella le llamaba a esa residencia construida en ese lugar —un pequeño paraíso rural inspirado en Rousseau—, mientras él corría a preparar el carruaje para poder regresar rápido a Palacio.

Otros detalles de la primera visita de las señoras Moberley y Jourdain fueron también descifrados. El

quiosco donde estaba el Conde de Vaudreuil fue deruido después de la revolución y se le conocía como “el templo del amor”. La música que escucharon fueron acordes muy parecidos a pasajes de Sacchini compuestos hacia 1780. Lo más sorprendente fue ver el retrato de María Antonieta pintado por Wertmüller donde reconocieron a la mujer sentada en el césped, también el haber encontrado en un archivo de la Biblioteca Nacional de París que la Reina mandó confeccionar dos corpiños de seda verde en el verano de 1789.

Esta historia le había interesado a GF desde que rescató el libro. Luego averiguó que fue reeditado en Francia en 1959 con el título de *Les fantômes de Trianon*, ya con los nombres verdaderos de las autoras y prologado por Jean Cocteau en una edición de Robert Amadeou, un estudioso del esoterismo como lo supo por alguna otra obra de su biblioteca.

El calor había sido sofocante todo el día. Se dice que los hielos del polo norte se derriten y cientos de osos blancos se han ahogado. La Tierra, este planeta azul, sufre modificaciones en su clima, aunque GF recordó haber leído en el libro de Andrew Tomas, *La barrera del tiempo*, que precisamente en agosto de 1901 oleadas de calor barrieron Europa por lo que según este autor el estatismo de la atmósfera pudo amplificar “el campo del tiempo” permitiendo que se diera el fenómeno que hizo a las dos inglesas observar a la reina María Antonieta y su entorno en ese 5 de octubre, pues si Einstein tiene razón, cita Tomas al matemático J.W. Dunne, en-

tonces los contenidos del tiempo son tan reales como los del espacio y María Antonieta está presente en este mismo instante en cuerpo y espíritu en el Petit Trianon.

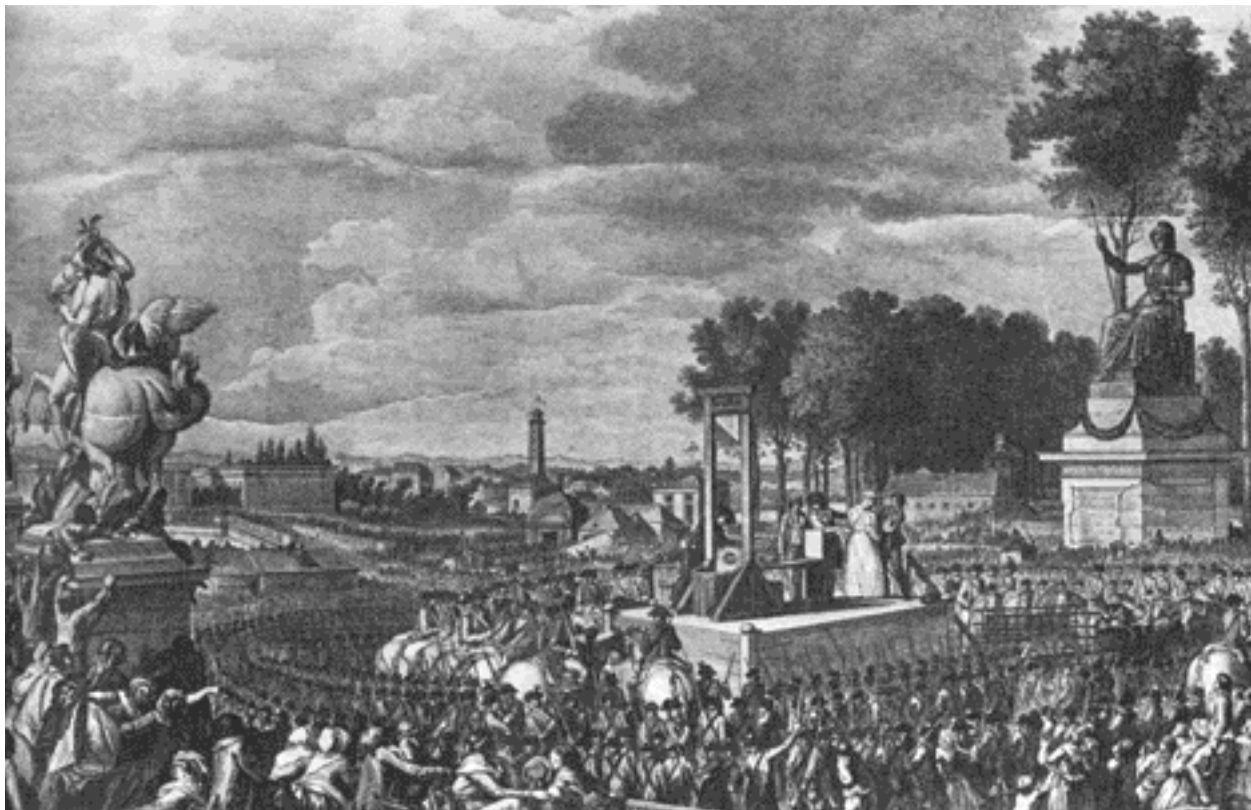
¿Y por qué fue ese instante preciso el que estuvo bajo la mirada de las inglesas? El instante en el cual la Reina estaba a punto de ser avisada en ese último verano feliz que su estancia en un jardín amado y secreto cesaría, quizá pensó ella que para siempre, pues en momentos de gran tensión es cuando los presentimientos oscuros encuentran su cauce.

Todas las imágenes de la vida humana atesoradas en la atmósfera eterna, todos los tiempos coexistiendo en el Tiempo, que no es una línea sucesiva, sino una cinta de *hipertiempo* donde el pasado se puede proyectar y vislumbrar incluso el futuro, lo cual explicaría la certeza que pueden tener algunas visiones y profecías. Lo vivido por las inglesas en ese paseo en Versalles fue entonces una “reverberación del tiempo”, como lo define la bella expresión usada por Tomas, o fue una alucinación inexplicable o una vivencia con fantasmas.

Sin embargo, la interpretación de Moberley y Jourdain le gustaba a GF. Ellas explicaban su aventura porque el 10 de agosto coincidía con la fecha cuando María Antonieta tuvo que refugiarse con el Rey en la Asamblea Nacional ante la toma de las Tullerías, la jornada violenta que derrumbó a la monarquía francesa, por lo cual su ánimo estaba sometido a una fuerte presión. En esa circunstancia su mente se evadió y recordó aquel día, el último de sus tiempos felices, cuando estaba en el



Anónimo, María Antonieta defendiéndose ante sus jueces



Decapitación de la reina María Antonieta, grabado de la época

Petit Trianon y entonces recibió el aviso que lo cambiaría todo y de algún modo el recuerdo se convirtió en sueño y el sueño se proyectó en ese lugar y ellas, las dos damas inglesas, serenas y curiosas entraron en él, ciento nueve años después, por una puerta dimensional del tiempo y pudieron observar las imágenes, los instantes, las personas de una circunstancia que cancelaba un periodo e iniciaba otro en el drama de una vida, el de la reina María Antonieta.

Durante varias horas GF estuvo en la biblioteca hojeando el libro de Moberley y Jourdain y otros relacionados con su historia. Afuera el sol brillaba en el jardín reverdecido y un suave viento soplaba entre el follaje. Se limpiaba constantemente el sudor y sintió un gran cansancio, como si la debilidad lo dominara al invadir de súbito su cuerpo.

Antes de acabar la tarde comenzaron a caer gotas de lluvia, el agua golpeaba en el tejado y en uno de los ventanales. De pronto como en otra tarde lluviosa de su vida, GF que contemplaba el jardín miró a su gato irse

del durazno al tejado. “Ese gato loco se va a empapar”, pensó. Por una escalerilla del estudio subió para abrir una ventana que da al tejado, lo llamó pero el gato permaneció inmóvil en un rincón así que GF salió por la ventana y de rodillas fue para agarrarlo. Con su brazo izquierdo lo tomó y lo llevó de vuelta mientras se ayudó con el derecho para no resbalar y caer. Después de la peligrosa maniobra metió primero al gato por la ventana en el rellano y luego brincó él. “Ahora te voy a secar, amigo” dijo, pues los dos estaban mojados. Bajó con el gato y así lo encontró su esposa, sentado en un sillón de la biblioteca con el animal acurrucado en sus brazos y envuelto en una toalla. Decenas de libros estaban esparcidos por todas partes. La lluvia había cesado y se podía escuchar el canto alegre de los pájaros, como si al refrescarse por el agua la tarde primaveral se hubiera convertido en un nuevo día.

Al acercarse a su marido ella supo todo al darse cuenta que, en silencio, lentas lágrimas se derramaban en su rostro mientras sonreía melancólicamente. U

La Reina estaba a punto de ser avisada en
ese último verano feliz que su estancia
en un jardín amado y secreto cesaría.